







Guía de EL LIBERAL

ORDEN DE MARCHAS DE LOS TRENES DE VIADUROS DE MURCIA Y LA UNIÓN

Table with columns for SALIDAS and LLEGADAS, listing train routes and schedules between Murcia, Alicante, and other regions.

Banco de Cartagena

CAPITAL: 10.000.000 DE PESETAS. COMPLETAMENTE DESARROLLADO. Casa central en CARTAGENA. Sucursal en la región de Levante, Andalucía y Norte de África.

Línea de vapores Tintoré

Servicio fijo y semanal entre CARTAGENA-ORAN. Salidas de Cartagena directo para ORAN, todos los viernes, 6 tarde.

Línea de Vapores TINTORÉ

Servicio Barcelona y Alicante. Salida de Barcelona, todos los domingos madrugada, directo a Alicante.

Compagnie Générale Transatlantique

Vapores correos franceses. Servicio postal, fijo, rápido y semanal entre los puertos de Cartagena a Orán y Marsella.

En la imprenta. de este periódico se hacen con esmero toda clase de trabajos tipográficos a precios reducidos. EL LIBERAL, merced a su bien montado servicio de confección...

GARAGE INTERNACIONAL de Ramón Served

MURCIA: Villaleal 2, 4 y 6. González Adalid 17, y Platería 72. ALICANTE: San Fernando 50. Director Técnico: D. JOSE PASCUAL DEL RIQUELME

INDICADOR DE ALICANTE

TEJIDOS, PUNTILLAS Y TIRAS BORDADAS. 'La Bola de Oro', LEANDRO GALAN. Sagasta, 21, y Plaza de Isabel II, 24 y 25 ALICANTE

'LA JOYITA', JOYERIA DE MODA. BISUTERIA Y PLATERIA. ALTAS NOVEDADES. Mayor, 43. ALICANTE

Doctor MAS MAGRO. DE F. HAMATOLÓGICA, DE BERLÍN, LAUREADO EN VARIAS ACADEMIAS DE MEDICINA DEL INSTITUTO MÉDICO VALENCIANO, ETC. ESPECIALISTA

GARCIA RUIZ ODONTÓLOGO. CLINICA ESPECIAL DE LA BOCA Y DIENTES. DE 9 A 12 Y DE 3 A 6

ALMACENES de Ferrería y quincalla, baterías de cocina y artículos de metal blanco, lavabos, inodoros y tinajas de baño.

Doctor GÓMEZ LLIBCA. Consulta de medicina y cirugía general, de 11 a 1

AGUSTIN MORA. Central: Sagasta, 14 y 16. Sucursal: Mayor, 38. Teléfonos: Sagasta, 280. Mayor, 285. ALICANTE

PEDID EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERIAS BIEN SURTIDAS. AGUA DE AZAHAR R. MIRALLES. La mejor que se conoce. Está indicada por la clase médica para curar todas las enfermedades nerviosas...

Manuel Sánchez. COMISIONES CONSIGNACIONES Y TRANSITOS. Victoria, 4 (Junto al Banco de España). ALICANTE

KILOMÉTRICOS. SE OBTIENEN ANTES DE 48 HORAS. EMPRESA VALENCIANA. Calatrava, 23. teléfono, 261.

ORTIZ. Platería y Relojería. COMPLETO SURTIDO en toda clase de objetos con gran economía de precios. Composturas y encargos de trabajos artísticos y de aplicación. Gran surtido en Recuerdos de Alicante Mayor, 8. ALICANTE

Empresa Valenciana. SERVICIO RAPIDO DE TRANSPORTES Y ENCARGOS A DOMICILIO. ORDINARIOS á larga distancia. Salida diaria á MADRID, BARCELONA, VALENCIA y SEVILLA. ALICANTE-CALATRAVA, 23. TELÉFONO, 261

FOLLETTIN DE 'EL LIBERAL', (183)

CAIN POR PARA CARRILLO

Te llamaba para hacerte unas preguntas, porque será fácil que tú puedas darme contestación de ellas. —Con mucho gusto, si es cosa que yo sepa. —Tú que vas por esos cortijos y veredas continuamente, ¿has visto por casualidad a una joven, vestida al uso de Madrid, preciosa de cara y esbelta de cuerpo? —Calle... calle... calle... —¿Qué, te acuerdas de haberla visto?— ¡Así! ¡Tú Enrique con ansiedad. —Parece que sí. Hace unos días que en una lejana venta vi varios hombres de aspecto rudo, que pedían comida con mucha prisa; con ellos iba una joven así como usted acaba de indicar. —¿Tú hablaste con ellos? —No tuve tiempo porque ellos rehusaron la conversación y procuraron tomar un cuarto reservado. —¿Y estás seguro de que la joven iba con ellos? —Seguro, porque con ellos entró a comer. —¿En qué venta los viste?

—En la venta del Cuervo, allá por la terminación del bosque de las encinas: unas ocho leguas próximamente. Enrique quedó pensativo un breve instante y luego interrumpió el silencio como si hablara consigo mismo: —Si, no hay duda... ¡ella es, Natí...! ¡Me la han robado, me la han robado! XXIII CÓMO SE FUGÓ NATI En efecto, aquella muchacha a quien había visto el arriero en la venta del Cuervo, era la propia Natí. Su salvación fué una de esas calamidades de la vida, tan inesperada como extraña. Ya llevaba la pobre muchacha más de cinco días del plazo que Enrique le había dado para su resolución, cinco días que pasó bajo la más estrecha vigilancia por parte de aquel aldeano que su esclavizador le había puesto de guardián. Natí no veía solución a su libertad: veía pasar un día tras otro sin que ni un solo rayo de esperanza mitigara su desesperación. Era en la noche del sexto día del plazo. Las sombras de la noche habían envuelto al castillo entre la más completa oscuridad. Ni una sola ráfaga de viento movía los ramajes de los bosques cercanos. Era un silencio absoluto el que en torno reinaba, un silencio en medio del cual se hubiese podido advertir el más leve ruido producido en las cercanías del castillo.

Natí se había acostado, pero no podía concluir el sueño. Su pensamiento estaba fijo en la vuelta de Enrique, cuyo día se aproximaba velozmente. El aldeano descansaba, también sin dormir, en una habitación no muy lejana de la de Natí. De pronto, la muchacha se incorporó sobre el lecho y puso el oído atento, como si quisiera distinguir algún ruido en las afueras del castillo. También el aldeano hubo de percibir algo, por cuanto saltó del lecho y corrió a un ventanal próximo. Poco a poco fueron aumentándose aquellos ruidos hasta destacarse claros y distintos: eran pisadas de caballerías que venían a galope precipitado. El aldeano, tembló primero sin saber por qué; pero se serenó después y pensó en que pudiera ser D. Enrique, que adelantaba su regreso. Natí, al escuchar aquel galopar de los caballos, sintió una franca alegría. En lo que menos pensó fué en que pudiera ser el diputado, y por lo tanto, cualquiera que llegara a aquel sitio podría ser su salvación tal vez. Se arrojó del lecho precipitadamente y se vistió en un minuto. Los pasos de los caballos hicieron alto en las puertas del castillo. El aldeano bajó precipitadamente, pero no tan pronto que los caballos y los jinetes no estuvieran en los patios. Eran seis hombres los que acababan de llegar. Echaron pié a tierra y se disponían a encerrar

sus caballerías en las cuadras, cuando les interrumpió la voz del aldeano que dijo con voz potente y enérgica: —¿Quién va a estas horas por estos sitios, sin pedir permiso? —No es la primera vez que aquí venimos de la misma manera—contestó uno de aquellos hombres de muy mal talante. —Es que esto tiene amo. —Eso ya lo suponemos, pero ahora los amos somos nosotros. —Es que... —No hable más el amigo si no quiere que de otra manera respondamos a sus preguntas. Además, no venimos aquí a perder el tiempo en discusiones; así es que disponte a bajar con nosotros al subterráneo, si no quieres que de otro modo te llevemos. —¡Yo...! —Si, tú, pero delante y ahora mismo. Y diciendo esto los seis hombres montaron sus rifles y apuntaron al pecho del aldeano. En estos momentos se presentó Natí ante aquellos desconocidos. —Esta joven ¿es hija tuya?—preguntaron al ver a la muchacha. No soy nada de ese hombre—se apresuró a contestar Natí—soy una infeliz que sufre la esclavitud de este miserable, que me tiene aquí secuestrada. —Pues bien, baja tú también con nosotros al subterráneo y allí hablaremos. Y el aldeano y Natí echaron delante de aque-

llos hombres amenazadores, sin replicar palabra, y sin vacilación penetraron por la entrada del Laberinto. Sigieron tras ellos los desconocidos, quienes después de encender una vela, cerraron tras sí la losa de la entrada. Se internaron por las galerías y por la manera que tenían de caminar por ellas, se veía muy bien que estaban acostumbrados a cruzarlas con alguna frecuencia. Llegaron a una anchura cuadrangular, donde había asientos naturales, formados por los propios muros. Fue allí, el que hacía de jefe dió órdenes a sus compañeros sobre lo que tenían que hacer. En virtud de ellas, uno de aquellos desconocidos marchó a hacer de centinela en la puerta del subterráneo, por la parte de adentro. Otro se fué en sentido contrario, hacia aquella otra salida que conocemos que parecía estar obstruida por el tiempo y cuya obstrucción era un ardid de aquella gente. El jefe dió órdenes de que se quitara la piedra de salida y de que se amarrara la cuerda como de costumbre, por si era necesario salir por otro lado al que se había entrado. Y cuando fueron a cumplir sus órdenes, quedaron allí los cuatro recién llegados, Natí y el aldeano. —Sentemónos—dijo el jefe con sangre fría—que vamos ahora que estamos en sitio seguro a sentenciar este pleito que esta muchacha nos ha expuesto antes de entrar aquí.